

# Carmina en mi Cabeza

Author Pendragon



## Capítulo 1

Carmina me busca. Me necesita. El motivo puede oscilar entre algo de vida o muerte o cualquier chorrada que se te ocurra. Está ella, ahí, en ese tornado insoportable; y mi tarea es atisbarla, como a un alfeñique en la borrasca. O es, más bien dicho, no una visión sino una sensación, un sentimiento que se desperdiga desde mi pecho como centro, de manera radial, igual que un rebaño desbocado, crispando la calma con balidos y tañidos.

-¡Por qué! -chilla otra vez la pendeja de Consuelo mientras una en el séquito la apapacha cruzándole un brazo por encima de los hombros-. ¡Por qué no me pueden querer! ¡Qué está mal conmigo!

El taconeo de las cuatro resuena cauteloso, melancólico por el pasillo; el de ellas tal vez por empatía a la amargura, el mío más bien por el miedo a volar traicionada por esos doce centímetros de más y quedar tumbada de bruces sobre el piso recién pulido.

¡A quién chingados le importan las estupideces de Consuelo! ¡A quién le interesa escuchar la muy trillada de que otro pelagatos la mandó al carajo después de echársela! ¡A quién!

Pero la verdad eso tendría poca importancia si yo me encontrara espabilada de cabo a rabo, lista para apesadumbrarme hipócritamente e incluso abonar de mi parte una que otra lagrimita al costal de pesares de la adolorida (¡si para eso somos viejas!, ¿o qué no?); pero Carmina sigue y sigue, fastidie y fastidie desde dentro; y yo tratando de entenderla como quien intenta pescar una palabra en un radio mal sintonizado.

-¡Soy una mujer! -con un nuevo gemido nos ataranta imprevistamente la Consuelo mientras bambolea sus inmensas tetas a punto de burlar la migra naranja encendido de su angustiado escote-, ¡una mujer! ¡No un celular o un coche último modelo o una casa o una pinche mona inflable!

Intento controlar esa sensación de tic nervioso en la mejilla izquierda, esa holgura de labios como de borrachera temprana y me enfilo hacia el baño.

Una voz de las del séquito revolotea a mis espaldas y yo apenas contesto que las alcanzo en el comedor, más tarde.

Sigue el rebaño de sentimientos desbocado, pendiente abajo, haciendo tiras irregulares de mi cordura.

Ya intenté de todo: vomitar, dormir sentada en el retrete, pellizcarme un pezón (¡ah, pinche Carmina, mugrosa piruja de cuarta, te lo voy a cobrar

con sangre!), pero nada.

Nada.

-¡Qué jodidos quieres ahora, cabrona!

La última vez que me interrumpió (¡me irrumpió!), quería agregar un nuevo concepto a su lista de *chambas* dudosas, como si su ya gorda lista con hinchazón de nueve meses de embarazo no fuera suficiente. Era una cosa de *trabajo de pies* y de *pantimedias* (¿qué diablos?) que se supone es ideal porque *ganas bien sin batirte la cola ni pescar el sida*.

La voz incomprensible de Carmina sigue balbuceando en el radio mal sintonizado de mi cabeza. El tic reverbera en el espejo y yo no lo siento, como si todo fuera cosa nada más de la que me mira enfrente. Entonces, iluminada por la fresca pista que me pandea como una nalgada furtiva (*ipantimedias, pantimedias!*), me deshago de la falda y la pongo con mucho cuidado sobre el depósito del agua del retrete. Luego en automático, siendo yo la que actúo pero como si no lo fuera, me bajo la pantimedia hasta medio muslo.

Me contemplo en el espejo mientras una declaración incorpórea (imagino que del rebaño en tropel por la acentuada vibración en esa voz), me asegura que la pantimedia es uno de los inventos más lúcidos y sádicos en la historia del armamentismo feminista: *te enseño tanto como quieres ver, infeliz misógino, pero sin el riesgo de que puedas follarme*. Claro que cualquiera puede agujerar una pantimedia con risible facilidad, pero no antes de que ese mensaje se arrellane en el subconsciente de cualquier jodido macho.

Sí, lo admito con la cara ardiéndome de vergüenza: soy una de esas delicaditas que no tienen el ese de goma de mascar. Mi frontera entre un gemido paradisíaco o uno infernal es apenas una cortina de niebla; por eso me acomodo el índice y el medio con el sigilo del que mide la temperatura en una palangana vaporosa.

La presión y el balanceo indispensables. Nadie los notaría, ni yo siquiera, excepto la tilde aludida en mi medio, mi receloso liliputiense quien después de unos segundos ha estirado su mollera con gozosa atención.

Ese escozor succulento, ese verano corporal por el que nuestra estirpe derrumbó y elevó imperios, me brota del saco de códigos evolutivos y me arrebató el timón.

Alguien irrumpe en el baño, me mira, se ríe, se escandaliza, se indigna, grita, escupe algo en su voz y luego escapa azotando la puerta. ¡Qué sé yo! ¡Qué me importa! ¡Si no hay más tiempo, más formas, más pasados, más sueldos por cobrar, más lágrimas por encima del aura y el pujido que

urge vaciarse!

¡Me vengo, me corro, me *orgasmeo*!

¡Dios!

En el comedor, la Consuelo sigue siendo *Manufacturera de Fluidos y Gimoteos, S.A. de C.V.*

Me trepo en la mesa de un solo brinco y escupo a la estúpida:

-¡Eres un pinche twinkie a la mitad, con el relleno de fresa todo orinado!  
¡De qué otra puta forma quieres que te vean los hombres, pendeja, si no eres más que un maldito espectacular luminoso encaramado en la torre más alta de Avenida Central! ¡Te han hecho eso! ¡Todos te han hecho esa botarga que eres! ¡Y tú te lo aceptaste sin más! ¡Burra!

Las palabras las he dicho yo, acomodándolas un poco, tal vez.

Pero la responsable total ha sido Carmina.